

LA VIDA FUERA DEL TIEMPO

VICTORIA LEÓN

En nuestra imaginación colectiva aún en gran parte heredera del Romanticismo, los pasos de un poeta por el mundo son siempre solitarios, acaso porque intuimos que la poesía se escribe desde una soledad que está dentro y fuera del tiempo a la vez. Pero por ello mismo también podría decirse que su biografía es doble: de un lado, la que acontece en el marco cronológico al que estrictamente pertenece; de otro, la de esa otra vida trascendida que, en un presente eterno y circular, vuelve a ser vivida en sus versos cada vez que estos encuentran a un lector que los devuelve al ahora.

Estas últimas entregas de las memorias de Jacobo Cortines, *Filosofía y Letras* y *Del tiempo airado*, nos brindan como las dos anteriores, en una prosa pulcra y ágil de altísima calidad literaria, la oportunidad de conocer mejor la materia de la que está hecha esa doble vida de uno de los poetas más importantes de nuestro tiempo. Una figura que durante décadas ha ido forjando una sólida obra definida, con independencia de modas y etiquetas, por el arraigo en una tradición de impronta clásica más allá de un grupo o

generación y, sobre todo, por una vocación universal y trascendente, basada en una genuina cultura humanista y una perpetua búsqueda de sentido en el misterio: luz en las tinieblas a través del conocimiento del mundo y de sí mismo. Se cierra así una obra formada, junto con *Este sol de la infancia* y *En la puerta del cielo*, por cuatro libros recogidos bajo ese título común de *La edad ligera* que con el célebre verso de Garcilaso nos recuerda la fugacidad y mutabilidad de la vida humana y la acción del tiempo como su escultor y antagonista.

Leída desde esa dualidad indiscernible que conforman vida y poesía en la trayectoria del poeta, su trabajo memorialístico no se agota en el testimonio biográfico ni en la narración de acontecimientos o el documento de época, aunque también contenga esos elementos. A través de una escritura híbrida que mezcla prosa lírica, ensayística y narrativa en fragmentos de distinta extensión, perfectamente enlazados, el tiempo no sólo discurre hacia delante, también se detiene muchas veces en cristalizaciones poéticas, vuelve sobre sus pasos en una evocación que eleva la realidad a manifestaciones simbólicas para regresar siempre a un mismo punto que es origen y destino. De una manera elegante y ajena a cualquier exhibicionismo sentimental, pero sin perder su carácter de relato íntimo y transparente, se da cabida en estas memorias a lo cercano y familiar en perfecta armonía con la reflexión moral y filosófica, estética y literaria, política y cívica. Pues todo ello es parte de una indagación en la propia conciencia, de un diálogo consigo mismo que el poeta lleva a cabo con honestidad, con la debida distancia de

la autocrítica y con la generosidad del reconocimiento y homenaje a las deudas de afecto y magisterio contraídas a lo largo del camino.

Filosofía y Letras, el primero de los libros que recoge este volumen, abarca el periodo comprendido entre 1963 y 1996, desde el comienzo de sus estudios universitarios en el actual edificio del Rectorado de la Universidad de Sevilla, destinado a ser también el escenario de la mayor parte de su vida como profesor, hasta su lectura del discurso de ingreso en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. El segundo, *Del tiempo ai-rado*, arranca cuando el poeta está a punto de cumplir la edad simbólica de cincuenta años y termina en nuestros días, con el trasfondo de la reciente pandemia de coronavirus y la sombra de crisis e incertidumbre que esos años arrojaron sobre casi todo, pero también con una visión esperanzada que, incluso después del dolor y de la pérdida, mantiene la fe en el consuelo de la belleza y del amor, y al cabo sabe reencontrarlos y celebrarlos como resurrección de lo perdido. Como si una especie de inocencia inquebrantable que, lejos de estar reñida con la madurez intelectual y la experiencia del mundo, fuera más bien su consecuencia, se convirtiera en el refugio de quien sabe que sólo el amor hace la vida habitable y que esa pureza necesaria para acceder a él sin mancharse de nihilismo, cinismo o desengaño es la única defensa verdadera ante los grandes desgarros que toda vida ha de enfrentar.

En las cuatro entregas del ciclo, la voz narradora nos habla en un presente gramatical que siempre es el del hombre del tiempo referido y nos permite oír las

voces sucesivas del niño, del joven y del hombre adulto que empieza a ser consciente del pasado y aprende a envejecer. Y esas distintas voces del hombre van conformando su autorretrato moral y reflejando una conciencia que, aunque también construya su castillo interior como una especie de Montaigne contemporáneo, siempre aspira a estar en él de una forma activa y nunca como mero contemplador. Aunque el mundo siga inalterado y lleno de dolor, de injusticia o de violencia, y aunque su voz sólo sirva para dejar testimonio de lo incomprensible, el poeta manifiesta continuamente su deseo de actuar, de tomar partido y, siempre desde el pensamiento crítico y la razón, establecer valores ajenos a cualquier relativismo sobre los que asentar su obra. Algo presente en muchas de las reflexiones en prosa que aquí se recogen y que está en la génesis de algunos de sus poemas más importantes, como el imponente «Europa», cuya redacción necesitó años de maduración y trabajo.

No es casual que el poeta se cuente entre los grandes cultivadores y renovadores contemporáneos del poema moral. Y tampoco que *Días y trabajos* fuera el título de su última entrega hasta la fecha, publicada en la colección Vandalia en 2021. Una referencia al poema didáctico de Hesíodo que quedaba subrayada en la cita inicial con que el volumen se abría («preocúpate por disponer las faenas a su tiempo para que se te llenen los graneros con el sazonado sustento») y resulta más que reveladora tanto de su poética como de su *ars vivendi*. Consciente del camino de perfeccionamiento paciente y tenaz que la verdadera poesía

exige, ve en la vida no sólo la materia de esta (su emanación estilizada y trascendida y nunca, por supuesto, su imitación servil), sino también algo que, al igual que la poesía misma, debe siempre al menos aspirar a mirarse con los ojos de la razón en el espejo del ideal. Un ideal de vida que reivindica la dignidad del ser humano y en el que la propia belleza, tan generalizadamente desterrada del arte y de la vida contemporáneas (de ello se duele el poeta en muchas reflexiones) desempeña un papel moral de primer orden. Y un ideal de poesía cuya materia no puede ser otra que la verdad de vida: «Todo puede ser traducido, transformado en propio lenguaje, desde los sórdidos disgustos al esplendor de unas mañanas, o este mismo mediodía gris, semilluvioso, en el que parece oírse el lejano canto de un gallo sobre un fondo confuso de tráfico y las vecinas sierras metálicas de un edificio que restauran. [...] Pero si no me sirvo de cuanto me rodea, que es la memoria, los deseos, las incertidumbres, el suelo que piso, el cuerpo que sostengo y que me lleva de un lado a otro, el tiempo, los vivos y los muertos, todo lo que me rodea y es conmigo y soy con ello; si de ello no me sirvo, no podré pronunciar una sola palabra».

Lejos de encerrarse o complacerse en ningún tipo de solipsismo, el poeta muestra siempre una mirada que no es ni quiere ser ajena al mundo, a la sociedad o a las preocupaciones de su tiempo. No la de quien lo contempla desde una torre de marfil, sino la de quien se sabe «uno más» entre los hombres (expresión que incluso da título a uno de sus poemas y que vemos repetirse a menudo en sus reflexiones) y nos habla desde

un yo que siempre va en busca de los otros. Pero ese yo es irrenunciable precisamente para adoptar su postura moral de compromiso y testimonio. «La subjetividad es el único camino para alcanzar, para tratar de alcanzar, la objetividad. Sólo a través de mi conciencia puedo poner orden», escribía en las notas de su Diario —*Huellas de una creación*— que acompañaron a la edición de su poesía reunida en *Pasión y paisaje*.

Sus evocaciones nos permiten asomarnos a acontecimientos y escenas de una vida individual que tienen valor de documento no sólo biográfico, sino también simbólico, y proporcionan valiosísimas claves interpretativas que, si bien no son ni mucho menos imprescindibles para el disfrute de su poesía, desvelan al lector sus fundamentos vitales e intelectuales y le permiten rastrear la profunda coherencia de su origen. Así sucede en el libro con la presencia del amor encarnado en la esposa y compañera de vida, que vemos convertirse en el gran elemento salvífico para el poeta. Con la presencia de la música, que se nos revela como otra de las pasiones determinantes de su vocación y su trabajo intelectual: «Es lo más hondo y espiritual que encuentro en este mundo; una revelación más alta que la ciencia o la filosofía, que decía Beethoven; la expresión sublime de la razón; es un sueño y el gran consuelo de la humanidad». O con la de ese «espacio mítico» que es el paisaje de la infancia, ya señalado y perfectamente expuesto por Ignacio F. Garmendia en su prólogo a las dos primeras entregas del ciclo.

Las numerosas estampas cosmopolitas que encontramos en estas últimas, jalonadas de viajes por todo

el mundo, hacen que ahora alternen el paisaje natal y los espacios cotidianos (renovados con los matices de cada nueva etapa vital, e incluso de cada estado de alma desde el que se contemplan), con los paisajes diversos del viajero. Al plasmar unos y otros, la prosa del poeta brilla en toda su capacidad evocadora y descriptiva ofreciendo algunas de las páginas más memorables y de mayor intensidad lírica del libro, pero tampoco faltan en ellas la mirada dolorida y crítica sobre las realidades menos idílicas e incluso crudas que le salen al encuentro. Así, por ejemplo, al evocar un viaje a Marruecos a finales de los años 90, recrea así su paso por Fez: «Sobria, severa, profunda, rumorosa, la laberíntica medina. Seducción y sufrimiento por la mezcla de belleza y miseria. Esos ojos ciegos; esas manos tendidas sin limosnas; cuerpos acurrucados en rincones, como abandonados de la historia, de la compasión y de la esperanza. [...] Un mundo cercano y lejano al mismo tiempo. Duro, miserable y fascinante. En algunos momentos me he sentido demasiado frágil para hacer frente a tanta miseria y a tanta desesperanza».

En esas estampas, el yo y la vivencia subjetiva de la realidad son fundamentales en la medida en que el viaje se vuelve aventura introspectiva tanto como experiencia del mundo, que deja huella en la conciencia y en la sensibilidad del poeta. Pero de igual modo es interesante seguir su discurso mental mientras recrea, contempla o reflexiona sobre lo más familiar y cercano. Y así comparece una Sevilla vista desde una perspectiva desapasionada y crítica cuando es necesario, pero también objeto de páginas de enorme belleza y emoción

en la estela del *Ocnos* cernudiano, que tan presente está en la genealogía espiritual y literaria de la obra de Cortines. El poeta es consciente de que la ciudad sin velos, «lo que fue o pudo haber sido, no es más que unas bellas páginas de literatura», y sabe distinguir entre esas vestiduras literarias y la piel de lo real.

Tan importantes como las evocaciones de lugares y paisajes son, por último, las semblanzas humanas: de grandes nombres de la literatura, la música o el arte pero, sobre todo, de personajes de la intrahistoria familiar que dialogan con el autor y nos muestran ese camino de sí mismo hacia los otros, del presente al pasado y de nuevo del pasado al presente a través de la memoria. Y su importancia se diría que incluso se acrecienta a medida que sobrevienen las pérdidas y ausencias físicas. El padre y la madre, o la hermana y la esposa prematuramente fallecidas, alientan en el recuerdo del poeta incluso con más vida, si cabe, en tanto que la escritura se convierte en recuperación.

Sin las heridas del mundo y del tiempo, al fin y al cabo, no podría entenderse el propósito que ha presidido su labor desde el principio. Pues toda la obra de Jacobo Cortines (y no en vano, el círculo es una de las metáforas más recurrentes en su poesía) se cifra en esa vocación de regreso al origen para recuperar un espacio físico y moral donde revive lo arrebatado por la temporalidad y el propio curso de la vida. En la soledad del torreón de la casa de El Labrador, mientras vuelve a contemplar el paisaje de su infancia, se pregunta: «¿Dónde estoy y cuándo es ahora? Enlazo con muchos años atrás, con otra etapa; recobro el tiempo,

pero no como pasado sino como presente, más hermoso y más mío. Y de nuevo me siento en mi antiguo ámbito, rodeado de una naturaleza que está dentro de mí, desde siempre, desde la infancia, desde mi propia y limitada eternidad».

En esos caminos circulares se ha desenvuelto, pasión y paisaje, la vida del poeta, que en busca de esa propia y limitada eternidad ha ido creando una obra clásica de extraordinaria belleza formal y trasfondo moral humanista, llamada a perdurar como sólo perduran las obras intemporales. Estos cuatro libros en prosa son la culminación que viene a dar plenitud y coherencia al conjunto de ese luminoso legado y a su *iter vitae* dentro y fuera del tiempo.

Sevilla, marzo de 2025

FILOSOFÍA Y LETRAS
(1963-1996)



Dime, Diótima, quiénes son los filosofantes,
si no son sabios ni ignorantes.

PLATÓN

LA Facultad de Filosofía y Letras ocupa la parte más occidental de la que fuera Real Fábrica de Tabacos, construida a principios del siglo XVIII; un impresionante edificio neoclásico, de planta rectangular, de miles de metros cuadrados, rodeado, excepto en la fachada, por un gran foso antes lleno de agua, y hoy vacío, sucio y con una exigua vegetación llena de gatos. En principio, las obras de transformación, entre 1954 y 1956, se las iban a encargar al mismo arquitecto que había ideado el megalómano proyecto del inacabado Portaceli, pero luego se las adjudicaron a otros.

La Facultad estaba antes en la antigua Casa Profesa de los jesuitas, convertida en Universidad Literaria tras la expulsión de la orden en 1767, y se hallaba situada en la calle Laraña, frente al derribado Villasís.

De mi promoción de Portaceli de 1963, soy el único que se ha matriculado en Filosofía y Letras; los otros, en Derecho o en carreras de Ciencias. A la Facultad se entra por una pequeña portada que se encuentra en un extremo de la fachada principal, y que da a un zaguán que conduce a un patio de arcos con suelo de olambrilla en las galerías, y ajedrezado de mármol blanco y gris oscuro en la parte abierta, con su fuente central rodeada de macetas de aspidistras. Es un patio íntimo, doméstico, que se comunica con otro muy semejante, en el que hay una puerta que da al Laboratorio de Arte, donde paso buena parte del día.

Las aulas de los cursos comunes son las más amplias, con suelos de madera y bancas corridas en su graderío, tienen un pasillo central y capacidad para unas cien personas. En el alumnado el predominio femenino es muy notable. A algunas las conozco por haber sido alumnas de El Valle y amigas de mi hermana Manoli. Una me gusta especialmente, de piernas delgadas, pelo castaño y mirada que no sé adónde se dirige, lánguida, dulce, misteriosa. Los alumnos somos minoritarios; casi todos provienen del Instituto San Isidoro, aunque hay también algún cura. Pienso en los compañeros que han ingresado en el noviciado de Córdoba y me pregunto si se encuentran bien en ese ambiente tan cerrado, a pesar del nuevo edificio de amplios ventanales en plena sierra de Córdoba. No, yo no me veo allí, aquí me siento mucho mejor.

Qué sensación de libertad entrar o no en clase frente a pasadas imposiciones; una opción desconocida en los años de colegial, cuando obligatoriamente había que asistir a todas y cada una de las lecciones, al margen de gustos, preferencias o rechazos. Ahora no, ahora en la Facultad, aunque las clases sean teóricamente obligatorias para los alumnos oficiales, no hay un control de asistencia. Se apela a la responsabilidad y a la libertad que ha de caracterizar la enseñanza universitaria.

APENAS iniciado el curso, una mañana de noviembre, el profesor de Literatura, don Francisco López Estrada, se dirige al alumnado y dice seriamente: «Ha muerto en México el poeta sevillano Luis Cernuda». Yo no sé, como los demás, salvo tal vez alguno, quién es ese poeta, y ante la ignorancia generalizada el profesor se ve obligado a precisar: «Era un miembro de la Generación del 27, amigo de Lorca y Aleixandre, discípulo de Pedro Salinas. La semana próxima le haremos un homenaje en el Aula Magna».

Y así es. El aula está abarrotada, no sólo por los alumnos de Letras. En la tarima preside el profesor con una de sus ayudantes: Julia Uceda; también está un compañero de un curso superior, Miguel García-Posada, condiscípulo mío de los jesuitas, el único que el año anterior había escogido la carrera de Letras. El profesor habla sobre la trayectoria literaria de Cernuda, que en Sevilla fue amigo de Joaquín Romero Murube, para luego pasar a Madrid, Francia, regresar a España, vivir la Guerra Civil y terminar en el exilio; después, Miguel recita el poema «El arpa»:

¿Qué frutas del paraíso,
Cuáles aljibes del cielo
Nutren tu voz? Dime, canta,
Pájaro del arpa, oh lira.

No sé cuántos poemas más pudieron leerse.

Terminado el homenaje, pasa el tiempo y Cernuda sigue siendo para mí, como para casi todos los de la clase, un nombre casi desconocido entre los otros mucho más difundidos del 27.

A los pocos meses, en febrero, se celebra otro homenaje con motivo del XXV aniversario de la muerte de Antonio Machado en Colliure. Como se preveía, el aula está a rebosar. El catedrático de latín y griego, Agustín García Calvo, comenta el poema «Recuerdo infantil»: «Una tarde parda y fría...»; Abel muerto junto a la mancha carmín; el timbre sonoro y hueco del maestro; la monotonía de la lluvia en los cristales. Al terminar, la ovación es atronadora, y entre la multitud enfervorizada un cura joven pide el restablecimiento de la República. De todo el jaleo que se monta después, tengo noticias por Miguel que, como subdelegado de Facultad, ha estado a punto de ser expedientado junto al propio García Calvo. Todo aquí en la Facultad está muy politizado, frente a la indiferencia del colegio. Hay como dos bandos: uno liderado por García Calvo; y otro por Jesús Arellano, catedrático de Filosofía, del Opus Dei, parapetado tras unas gafas de gruesos cristales y con una voz gangosa y nasalizada que hace ininteligibles los *Fundamentos de Filosofía* de Millán Puelles.

FRENTE a la grisura de tantos, brilla la personalidad de Agustín. A sus seguidores se les reconoce por el peculiar modo de llevar a medio hacer el nudo de la corbata, al no introducir la lengüeta por la lazada, sino dejarla que cuelgue por fuera. No pasa desapercibida su figura sobre la tarima, con la tiza en la mano. Lo que cautiva es su voz de barítono, con una dicción que llega nítida a las últimas filas del alumnado. Sabe recrearse en los versos, en las sílabas, en el ritmo, no exento de cierta teatralidad. Así, cuando recita:

*Tityre, tu patulae recubans sub tegmine fagi
silvestrem tenui Musam meditaris avena,*

que repite una y otra vez para que captemos bien su musicalidad.

Agustín, con su leyenda de sacrificador de palomas a Venus, choca con la mentalidad de algunos que no lo ven con buenos ojos. No es simplemente el profesor de latín y griego, sino el organizador de seminarios, ya sea sobre las trampas del lenguaje, o tantas otras cuestiones palpitantes sin paralelo alguno con la pedagogía de los demás profesores. Así, el ayudante de Historia del Arte que, con voz chillona, puntero en mano y mirada al infinito, solemnemente empieza: «En el alborar de la centuria decimonónica...», o termina recalcando la cúpula de Miguel Ángel: «Y arriba como remate: el cupulín», lo que provoca una

carcajada general. Ignora el susodicho ayudante que tal término es el mote por el que se le conoce.

Distintas son las clases de su maestro, Hernández Díaz, don José o el Rector, como es llamado. A don José y otros profesores, Collantes de Terán o Sancho Corbacho, los conozco de antes de entrar en la Facultad por ser amigos de mi padre, que colaboró con ellos en el capítulo dedicado a Lebrija, dentro del *Catálogo arqueológico y artístico de la provincia de Sevilla*. Yo procuro no perderme una clase de don José; me gustan sus explicaciones, claras y precisas. Habla con entusiasmo de los tonos rojos y ocre de Altamira, del *realismo* del Giotto o del maestro Mateo, de la vaporosidad de Murillo o la voluptuosidad de Rubens. Todo un desfile de nombres: Fidias, Cimabue, Brunelleschi, Tiziano, Goya..., y de obras maestras ilustradas con diapositivas que obedientemente va pasando el bedel, el diminuto Blázquez, con sus meñiques tiesos. No es don José un maestro distante, antes bien invita al diálogo, y así un día me atrevo a disentir de su interpretación de *El aguador de Sevilla* de Velázquez, sobre el que insiste en la función social del personaje, cuando para mí es tan sólo un pretexto del pintor para plasmar la luz sobre el cántaro. Con su respuesta me enseña a ver más allá de las formas y a valorar otros aspectos como, por ejemplo, la intencionalidad del sujeto. Cuanto leo después sobre la significación de *Las Meninas* o los bufones de Velázquez le dan la razón.

Rigurosa y exigente, siempre vestida de negro, es Julia Uceda; pequeña de estatura, y con cara de japonesa: los ojos muy rasgados, el rostro triangular y la boca pequeña. Hace años que fue alumna de López Estrada, y

desde un principio su maestro reconoció en ella una madurez insólita, pues decía entender «desde dentro». Julia figura como profesora de clases prácticas de Literatura Española. Somos muy pocos los alumnos que asistimos a comentarios que pueden girar la hora entera sobre un verso de Góngora, tal vez ese de las *Soledades*: «mariposa en cenizas desatada», o una frase de *El Buscón* de Quevedo, o la afición al vino del niño Lázaro de Tormes. En sus clases no hay exámenes; sólo se somete a examen la palabra del texto, desde sus múltiples significaciones o lecturas hasta su materia física; esa música que ella disecciona como una experta cirujana en una lección de anatomía literaria. De Julia sabemos que tiene ya publicados algunos libros de poesía y que también es colaboradora de revistas literarias. Para nosotros, que saltamos de la literatura a la filosofía, a la música, al arte y a la pérdida del tiempo en las alocadas ansias de vivir, Julia es una llamada a la reflexión, al compromiso, a la renuncia de los paraísos más o menos artificiales. Introspectiva, callada, extraña, Julia es una especie de guía en la selva oscura de nosotros mismos. Su mirada enseña a mirar, a ver las cosas más allá de su proximidad. No hay sombra de cansancio en esa mirada interior que intenta llegar al fondo y se muestra insatisfecha ante el conformismo generalizado. Es ese inconformismo el que la lleva a dar el salto a la otra orilla, a dejar atrás una ciudad que califica de estrecha, monótona y amordazada, la cerrada Sevilla. Y opta por irse lejos de los muros de la Universidad, lejos de la ciudad dormida en sus cielos azules, lejos de cuanto para ella es superficialidad y vacío.

LA marcha de Julia a Norteamérica, a la Universidad de Michigan, es una pérdida considerable, pues no encontramos a nadie que la sustituya. El profesorado, en general, es distante, incluyendo al propio García Calvo en su particular Olimpo. Pero la Facultad ofrece otros atractivos, como es el teatro. Un compañero de curso, Luis Núñez Cubero, decide crear su grupo, al margen del TEU, y montar la *Farsa de la enamorada del rey* de Valle-Inclán, un título que no deja de ser sorprendente, pues los más en boga son otros de Alejandro Gasona, Buero Vallejo, Bertolt Brecht, Max Frisch, aparte de Lorca. Yo asisto a los ensayos al final de la mañana, pero no quiero asumir ningún papel importante, y acepto el del criado del Caballero de Seingalt, Musalero, que apenas tiene que decir tres o cuatro frases cortas en italiano. Y llega el día del estreno, en el pequeño teatro que alberga el Instituto Murillo, el antiguo Pabellón de Argentina de la Exposición de 1929. El teatro es precioso, pero en su interior hace una humedad y un frío de muerte. El que hace de Maese Lotario decide quitarse el frío a base de lingotazos de coñac, y se coge tal borrachera que no puede levantarse del suelo. Inútiles son los ruegos y súplicas de su novia, la compañera que encarna a Mari Linda, que le insta a que se espabile, ya que la función ha de comenzar en breve. Pero Maese Lotario sigue sumido en los vapores etílicos. Son momentos de tensión y de nervios. Entonces Luis decide asumir su papel y lo

representa a la perfección. El éxito es considerable, y hace que se convierta en uno de los jóvenes valores dramáticos del momento. La segunda obra que monta es otra farsa, pero más ambiciosa que la de Valle, *La muralla china* de Max Frisch, y su estreno tiene lugar en el Lope de Vega. Al emperador chino Huang Ti lo encarna Alberto F. Bañuls. Esta vez yo soy uno más del coro de eunucos, que no tiene que hablar, sólo gesticular con grotescas reverencias a las llamadas del emperador. Mi mínima actuación me permite conocer el teatro por dentro, y me quedo admirado de la altura y la profundidad del escenario y de lo que hay por encima y por detrás de lo que ve el espectador, lo que llaman las tripas.